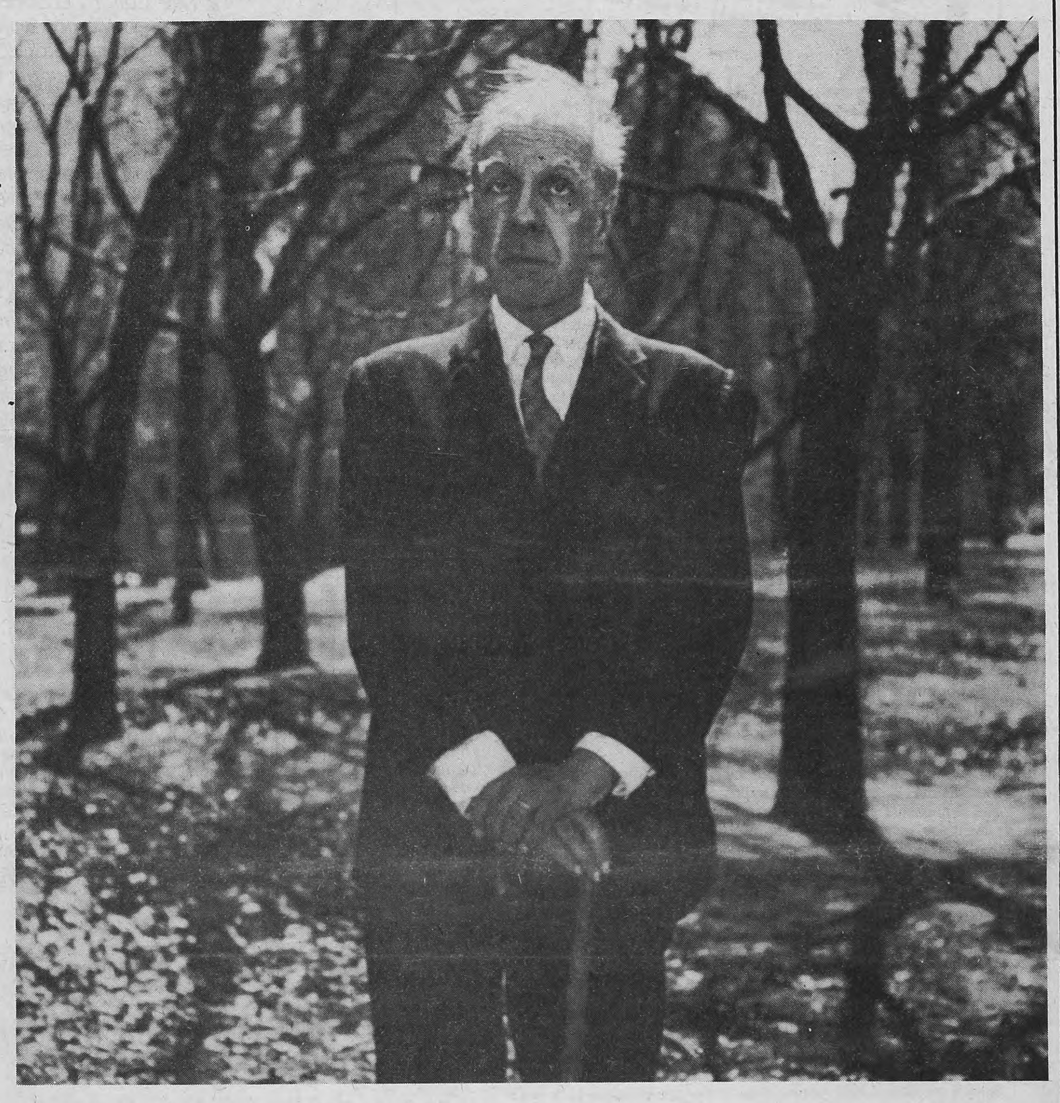
CULTURAS
Página/12

"La gloria es una de las formas del olvido" J.L.B.



BORGES YA ES UNA CIFRA

1986 - 14 DE JUNIO - 1987

Hace 364 días Jorge Luis Borges moría en Ginebra. Las rutinas de la literatura o de la muerte imponen su evocación. Previendo estos rituales, o previniéndose contra ellos, el mismo Borges concibió esta forma para el rumbo improbable de su memoria.

A riesgo de cometer un anacronismo, delito no previsto por el código penal, pero condenado por el cálculo de probabilidades y por el uso, transcribiremos una nota de la Enciclopedia Sudamericana, que se publicará en Santiago de Chile, el año 2074. Hemos omitido algún párrafo que puede resultar ofensivo y hemos anticuado la ortografía que no se ajusta siempre a las exigencias del moderno lector. Reza así el texto:

"BORGES, JOSE FRANCISCO ISIDORO LUIS: Autor y autodidacta, nacido en la ciudad de Buenos Aires, a la sazón capital de la Argentina, en 1899. La fecha de su muerte se ignora, ya que los periódicos, género literario de la época, desaparecieron durante los magnos conflictos que los historiadores locales ahora compendian. Su padre era profesor de psicología. Fue hermano de Norah Borges (q. v.). Sus preferencias fueron la literatura, la filosofía y la ética. Prueba de lo primero es lo que nos ha llegado de su labor; que sin embargo deja entrever ciertas incurables limitaciones. Por ejemplo, no acabó nunca de gustar de las letras hispánicas, pese al hábito de Quevedo. Fue partidario de la tesis de su amigo Luis Rosales, que argüía que el autor de los inexplicables *Trabajos de Persiles y Segismunda* no pudo haber escrito el Quijote. Esta novela, por lo demás, fue una de las pocas que merecieron la indulgencia de Borges; otras fueron las de Voltaire, las de Stevenson, las de Conrad y las de Eça de Queiroz. Se complacía en los cuentos, rasgo que nos recuerda el fallo de Poe, *There is no such thing as a long poem*, que confirman los usos de la poesía de ciertas naciones orientales. En lo que se refiere a la metafísica, bástenos recordar cierta *Clave* de Baruch Spinoza, 1975. Dictó cátedras en las universidades de Buenos Aires, de Texas y de Harvard, sin otro título oficial que un vago bachillerato ginebrino que la crítica sigue pesquisando. Fue doctor *honoris causa* de Cuyo y Oxford. Una tradición repite que en los exámenes no formuló jámás una pregunta y que invitaba a los alumnos a elegir y considerar un aspecto cualquiera del tema. No exigía fechas, alegando que él mismo las ignoraba. Abominaba de la bibliografía, que aleja de las fuentes al estudiante.

"Le agradaba pertenecer a la burguesía, atestiguada por su nombre. La plebe y la aristocracia, devotas del dinero, del juego, de los deportes, del nacionalismo, del éxito y de la publicidad, le parecían casi idénticas. Hacia 1960 se afilió al Partido Conservador, porque (decía) 'es indudablemente el único que no puede suscitar fanatismos'.

"El renombre de que Borges gozó durante su vida, documentado por un cúmulo de monografías y de polémicas, no deja de asombrarnos ahora. Nos consta que el primer asombrado fue él y que siempre temió que lo declararan un impostor o un chapucero o una singular mezcla de ambos. Indagaremos las razones de ese renombre, que hoy nos resulta misterioso.

"No hay que olvidar, en primer término, que los años de Borges correspondieron a una declinación del país. Era de estirpe militar y sintió la nostalgia del destino épico de sus mayores. Pensaba que el valor es una de las pocas virtudes de que son capaces los hombres, pero su culto lo llevó, como a tantos otros, a la veneración atolondrada de los hombres del hampa. Así, el más leido de sus cuentos fue *Hombre de la esquina rosada*, cuyo narrador es un asesino. Compuso letras de milonga, que conmemoran a homicidas congéneres. Sus estrofas de corte popular, que son un eco de Ascasubi, exhuman la memoria de cuchilleros muy razonablemente olvidados. Redactó una piadosa biografía de cierto poeta menor, cuya única proeza fue descubrir las posibilidades retóricas del conventillo. Los saineteros ya habían armado un mundo que era esencialmente el de Borges, pero la gente culta no podía gozar de sus espectáculos con la conciencia tranquila. Es perdonable que aplaudieran a quien les autorizaba ese gusto. Su secreto y acaso inconsciente afán fue tramar la mitología de un Buenos Aires, que jamás existió. Así, a lo largo de los años, contribuyó sin saberlo y sin sospecharlo a esa exaltación de la barbarie que culminó en culto del gaucho, de Artigas y de Rosas.

"Pasemos al anverso. Pese a *Las fuerzas extrañas* (1906) de Lugones, la prosa narrativa argentina no rebasaba, por lo común, el alegato, la sátira y la crónica de costumbres; Borges, bajo la tutela de sus lecturas septentrionales, la elevó a lo fantástico. Groussac y Reyes le enseñaron a simplificar el vocabulario, entorpecido entonces de curiosas fealdades: *acomplejado, agresividad, alienación, búsqueda, concientizar, conducción, coyuntural, generacional, grupal, negociado, promocionarse, recepcionar, sentirse motivado, sentirse realizado, situacionismo, verticalidad, vivenciar*... Las academias, que hubieran podido desaconsejar el empleo de tales adefesios, no se animaron. Quienes condescendían a esa jerga exaltaban públicamente el estilo de Borges.

"¿Sintió Borges alguna vez la discordia íntima de su suerte? Sospechamos que sí. Descreyó del libre albedrío y le complacía repetir esta sentencia de Carlyle: 'La historia universal es un texto que estamos obligados a leer y a escribir incesantemente y en el cual también nos escriben'.

"Puede consultarse su *Obra Completa*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1974, que sigue con suficiente rigor el orden cronológico".

Jorge Luis Borges



BORGES ULTIMO

Tras *Los conjurados*, Borges ya no publicó más libros. Sin embargo, quedan otros poemas últimos. Cinco de ellos fueron editados recientemente en Mendoza, en un volumen de Ediciones Anónimas, en un tiraje muy reducido. De allí, este soneto final

Aquí. Hoy.

Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán y que es ahora
todos los hombres y que no veremos.
Ya somos en la tumba las dos fechas
del principio y del término, la caja,
la obscena corrupción y la mortaja,
los ritos de la muerte y las endechas.
No soy el insensato que se aferra
al mágico sonido de su nombre;
pienso con esperanza en aquel hombre
que no sabrá qué fui sobre la tierra.
Bajo el indiferente azul del cielo,
esta meditación es un consuelo.

LOS AÑOS JU

La semana pasada el Fondo de Cultura Económica presentó en México Borges: una biografía literaria, del crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, muerto ocho meses antes que el argentino. El libro, que fue publicado previamente en inglés –Rodríguez Monegal era profesor en Yale– y traducido al castellano por Homero Alsina Thevenet, intenta en sus casi 500 páginas un recorrido exhaustivo por los textos y los hechos de Jorge Luis Borges. De Borges: una biografía literaria, *que llegará a la Argentina en los próximos meses, se ha extractado algunos fragmentos, relativos a los primeros años de Borges.*

BORGERIAS

El hombre olvida que es un muerto que conversa con muertos.

●

La realidad y mi recuerdo personal de la realidad son lo mismo.

●

La muerte de Gardel me conmovió mucho menos que la de Almotásim El Magrebí, poeta apócrifo del siglo XII, inventado por mí, que se negaba a morir aunque lo mismo hubieran hecho Aristóteles y las rosas.

●

Es supersticiosa y vana la costumbre de buscar sentido en los libros, equiparable a la de buscarlo en los sueños o en las líneas caóticas de la mano.

●

Repudio todo pensamiento sistemático porque todo sistema conduce necesariamente a la trampa.

●

Creo que sólo hay buena o mala literatura. Eso de literatura comprometida me suena a equitación protestante.

●

No hay literatura española fuera de Cervantes y Quevedo. La lengua es demasiado pobre. Sólo tiene una palabra para decir *sommeil* y *rêve*: *sueño* que es fea. *Pesadilla*, ¿qué sugiere? pesillo, peso liviano. Neruda me dijo un día: "No creo que se pueda escribir en castellano". Le contesté: "Por eso no hemos escrito nunca nada".

●

No hay en la Tierra una sola página, una sola palabra que sea sencilla, ya que todas postulan el universo, cuyo más notorio atributo es la complejidad.

●

Para un escritor, el oficio más peligroso es el periodismo, porque se parece bastante a la literatura como para contaminarlo. Para una persona que escribe en el dialecto de los periodistas parece muy difícil que pueda después escribir en el otro dialecto, un poco más digno, de la literatura.

●

La imprenta ha sido uno de los peores males del hombre, ya que tendió a multiplicar hasta el vértigo textos innecesarios.

●

En mi juventud nos reuníamos a conversar sobre si el hombre es mortal o no, sobre qué es el tiempo, qué la poesía y la metáfora, el verso libre, la rima. Hablábamos de temas no efímeros, que trascendían el momento. Ahora, al cuarto de hora de haber ocurrido un hecho, debe ser reemplazado por otro. Se adquieren noticias no para la memoria sino para el olvido.

●

Hay dos clases de mentiras: el sicoanálisis y la estadística. El sicoanálisis, como la astronomía y la sociología, es una ciencia hipotética, aparte de una mera jerga.

●

Desearía un Estado como Suiza, donde no se sabe cómo se llama el presidente. Propondría que los políticos fueran personajes secretos. Este Estado que no se nota es posible. Sólo es cuestión de esperar doscientos o trescientos años. Y, mientras tanto, jodernos.

●

Me parece raro que se permita a todo el mundo opinar sobre política. Se supone que cualquier changador de la esquina o cualquier analfabeto puede discurrir sobre política. Sin embargo, no se supone que tenga opiniones muy inteligentes sobre la teoría de los conjuntos o el cálculo infinitesimal.

●

La democracia es una superstición basada en la estadística.

●

Debemos hacer todo lo posible por defender a este gobierno. Los militares son caballeros y decentes. No han llenado la ciudad de retratos, no hacen propaganda. Eso sí, son débiles, pues no han respondido a los crímenes con fusilamientos. Pero nos han salvado del caos, de la ignominia, de la infamia y del comunismo (1976).

●

No podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos, porque o ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara.

●

Buenos Aires es horrible de fea. Con el Obelisco y las macetas de la calle Florida han terminado de afearla. Pero es preferible soportar su fealdad de cerca que sufrir su nostalgia en el extranjero.

●

Con cierta tristeza descubro que toda la vida me la pasé pensando en una u otra mujer. Creí ver países, ciudades, pero siempre hubo una mujer para hacer de pantalla entre los objetos y yo.

●

Parménides, Platón, Juan Escoto Erígena, Alberto Magno, Spinoza, Leibniz, Kant y Francis Bradley son los insospechados y mayores maestros de la literatura fantástica. En efecto, ¿qué son los prodigios de Wells o de Edgar Allan Poe –una flor que nos llega del porvenir, un muerto sometido a hipnosis– confrontados con la invención de Dios?

●

El suicidio no me parece mal. Al contrario, convendría que se suicidase más gente. Hay exceso de población en el mundo.

●

El propósito de abolir el pasado ya ocurrió en el pasado y –paradójicamente– es una de las pruebas de que el pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible. Tarde o temprano vuelven todas las cosas y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado.

●

Los imitadores son siempre superiores a los maestros. Lo hacen mejor, de un modo más inteligente, con más tranquilidad. Tanto que yo, ahora, cuando escribo, trato de no parecerme a Borges, porque ya hay mucha gente que lo hace mejor que yo.

●

De mi vasta obra se encargarán el polvo y el olvido. Lo que yo he escrito no vale nada y si algún cuento es bueno es porque recoge el eco de Kipling. Uno no puede tomar la decisión de ser Shakespeare. Uno escribe lo que puede y no lo que quiere. Que me admiren muchos miles de personas es un hecho meramente estadístico, no un criterio.

●

Ante cualquier desgracia pienso que aún me queda por vivir una experiencia completamente nueva: la muerte. Algo que –al menos, en mi caso– aún no sobrevino. Se abre una vida nueva. O no hay nada, lo cual también es nuevo.

●

La música, los estados de felicidad, la mitología, las caras trabajadas por el tiempo, ciertos crepúsculos y ciertos lugares quieren decirnos algo o algo dijeron, que no hubiéramos debido perder, o están por decir algo; esta inminencia de una revelación que no se produce es, quizá, el hecho estético.

La mayoría de estas frases provienen de la recopilación de Blas Matamoro, en Diccionario privado de Jorge Luis Borges, Altalena, Madrid, 1979.

Había en él un porcentaje demasiado grande del anarquista, del libre pensador, del extranjero. El hecho de que hubiera elegido vivir en Palermo –que era un barrio de segunda categoría–, que no concurriera al Jockey Club (excepto para los banquetes anuales de la clase de 1898), que no hubiera apoyado al general Uriburu, y admirado a Quirós, contribuía a alejarlo de ese mundillo oficial. Por otra parte (y este es el punto importante) nunca fue agraciado con una copia autografiada de las novelas de Larreta. Al hablar con Georgie sobre la frase de San Martín, al ampliarla y decodificarla, Padre estaba persiguiendo su tarea principal de adoctrinamiento. Quería que Georgie se convirtiera en poeta y cumpliera su frustrada vocación literaria, pero quería que fuera algo diferente: un anarquista filosófico, no un escritor sometido sino verdaderamente independiente. Padre enseñó a Georgie a descartar premios y despreciar homenajes. Con su ejemplo y con el ingenio corrosivo de su conversación, ofreció el ejemplo de un hombre que había elegido mantenerse marginado, dentro de una sociedad en la que todos pueden intentar llegar al centro de la pista. Georgie aprendió también esta lección sobre la marginación que terminó por convertir a sus actividades periféricas en el centro de otro ambiente, aunque este fue puramente literario. Muchos años después, al responder a una encuesta, Borges recordó una anécdota de su infancia. Una vez llegó a decir a Padre que quería ser un *raté*: un fracasado. La expresión francesa era entonces bastante utilizada en la Argentina de la época; incluso existió sobre el tema una popular pieza teatral de Henri Lenormand (*Les ratés*). Probablemente Georgie había escuchado la expresión y, al no saber mucho francés, entendió que se trataba de algo deseable. Pero

LOS AÑOS JUVENILES, LA FALTA DE CONSEJOS

La semana pasada el Fondo de Cultura Económica presentó en México Borges: una biografía literaria, *del crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, muerto ocho meses antes que el argentino. El libro, que fue publicado previamente en inglés –Rodríguez Monegal era profesor en Yale– y traducido al castellano por Homero Alsina Thevenet, intenta en sus casi 500 páginas un recorrido exhaustivo por los textos y los hechos de Jorge Luis Borges. De* Borges: una biografía literaria, *que llegará a la Argentina en los próximos meses, se ha extractado algunos fragmentos, relativos a los primeros años de Borges.*



Había en él un porcentaje demasiado grande del anarquista, del libre pensador, del extranjero. El hecho de que hubiera elegido vivir en Palermo –que era un barrio de segunda categoría–, que no concurriera al Jockey Club (excepto para los banquetes anuales de la clase de 1898), que no hubiera apoyado al general Uriburu, y admirado a Quirós, contribuía a alejarlo de ese mundillo oficial. Por otra parte (y este es el punto importante) nunca fue agraciado con una copia autografiada de las novelas de Larreta. Al hablar con Georgie sobre la frase de San Martín, al ampliarla y decodificarla, Padre estaba persiguiendo su tarea principal de adoctrinamiento. Quería que Georgie se convirtiera en poeta y cumpliera su frustrada vocación literaria, pero quería que fuera algo diferente: un anarquista filosófico, no un escritor sometido sino verdaderamente independiente. Padre enseñó a Georgie a descartar premios y despreciar homenajes. Con su ejemplo y con el ingenio corrosivo de su conversación, ofreció el ejemplo de un hombre que había elegido mantenerse marginado, dentro de una sociedad en la que todos pueden intentar llegar al centro de la pista. Georgie aprendió también esta lección sobre la marginación que terminó por convertir a sus actividades periféricas en el centro de otro ambiente, aunque este fue puramente literario. Muchos años después, al responder a una encuesta, Borges recordó una anécdota de su infancia. Una vez llegó a decir a Padre que quería ser un *raté*: un fracasado. La expresión francesa era entonces bastante utilizada en la Argentina de la época; incluso existió sobre el tema una popular pieza teatral de Henri Lenormand (*Les ratés*). Probablemente Georgie había escuchado la expresión y, al no saber mucho francés, entendió que se trataba de algo deseable. Pero si se equivocaba sobre el significado correcto de la palabra, tenía razón en cambio sobre su significación simbólica. Para el mundo oficial argentino de la época, lo que Padre y Georgie querían ser suponía exactamente eso: *ratés*, y no el éxito que el doctor Rodríguez Larreta representaba tan ostentosamente.

La decisión de enviar a Georgie a una escuela pública, pero semidisfrazado de alumno de Eton, prueba hasta dónde los Borges estaban distantes del mundo que los rodeaba. La extraña ropa de Georgie, su escasa vista, su tartamudez, debían convertirlo en blanco favorito de los camorristas. La idea de que en una escuela pública inglesa habría recibido probablemente un tratamiento más brutal no pudo haber sido de mucho consuelo. Otra mención sobre su época escolar aparece en sus conversaciones con Richard Burgin; ante una pregunta sobre sus peleas infantiles, Borges contesta: ''*Bien, mi vista era mala; era muy débil y yo quedaba generalmente derrotado. Pero había que hacerlo. Porque existía un código y, de hecho, cuando yo era niño, existía hasta un código para los duelos. Pero creo que el duelo es una costumbre muy estúpida, ¿no?. Después de todo, es algo muy irrelevante. Si usted discute conmigo y yo discuto con usted, ¿qué tendrá que ver con ello nuestra habilidad con la espada o nuestra puntería? Nada… a menos que se sostenga la idea mística de que Dios habrá de castigar al mal. No creo que nadie tenga una idea así, ¿no? Bien, supongamos que volvemos a más… porque, no sé el motivo, pero me parece que yo estuviera divagando.*'' (Burgin, 1969, 29).

Lo llamativo de este testimonio sobre sus días escolares es el tono emocional en la voz de Borges. Es posible advertir hasta en la transcripción escrita la repugnancia que tal ''código de honor'' le provoca todavía. La violencia y el terror de aquellas tempranas peleas no llegaron a borrarse.

En esto hay una ironía. El mismo Georgie, que sufrió la humillación de ser considerado como chivo emisario, se convertiría (mucho después, y como escritor) en un partidario del valor físico, de la antigua habilidad con las armas de fuego o el cuchillo y de la mitología de la violencia. El conflicto entre sus antepasados militares y su vocación literaria, entre la espada y la biblioteca, adopta aquí una forma más escuálida. No sorprende que Borges llame a sus condiscípulos ''camorristas aficionados'', pero el código de honor tan profundamente acendrado en los Borges obligó a Georgie a superar su repugnancia y a enfrentar a esos camorristas, participando en peleas que sabía que no podría ganar.

Quizá Borges tiene razón al descartar así su obra inicial, pero muestra demasiado placer en hablar de la destrucción de ambos manuscritos. Lo que recuerda sobre el libro de ensayos no parece muy promisorio: ''*(el libro) Había sido titulado, ahora me pregunto por qué, 'Los naipes del Tahúr'. Eran ensayos literarios y políticos (yo era todavía un anarquista, un librepensador, y estaba a favor del pacifismo), escrito bajo la influencia de Pío Baroja. Su meta fue ser amargos e implacables, pero de hecho, eran bastante moderados. Llegué a utilizar palabras tales como 'tontos', 'meretrices', 'mentirosos'.*'' (Ibíd. 223)

El artículo sobre Baroja, Azorín y el sacerdote jesuita, en *La Feuille*, puede ser visto, probablemente, como el ejemplo de la clase de ensayos que Georgie había incluido en aquel primer libro. Puede haber incluido también otros artículos sobre los prostíbulos españoles, sobre la poesía ultraísta, sobre el expresionismo alemán. El segundo libro es más fácil de imaginar. De acuerdo con Borges, ''*fue titulado 'Los salmos Rojos' o 'Los ritmos Rojos'. Era una colección de poemas –alrededor de veinte– en verso libre, como elogio a la revolución rusa, a la hermandad del hombre, al pacifismo*''. (Ibíd. 223). Cita después tres de sus títulos: ''Epica bolchevique'', ''Trincheras'' y ''Rusia'' (Ibíd. 223).

Los poemas que han perdurado en revistas, o en investigaciones eruditas sobre la época, no parecen memorables. Son interesantes por lo que revelan del aprendisaje de Georgie. Estaba obsedido por una guerra a la que conocía sólo a la distancia (''Trincheras'') y por una revolución socialista que, durante un período, llenó a la juventud de Europa con la esperanza de una justicia social y política (''Epica bolchevique'', ''Rusia''). Pero en la mayor parte de sus poemas se preocupaba principalmente de expresar su visión de la realidad mediante raras metáforas y llamativas comparaciones. Había aprendido su poesía en Whitman y en los expresionistas alemanes; prefería el verso libre y los poemas de largas líneas a los que llamaba salmos (siguiendo el ejemplo de Cansinos). Lo que aún hoy sigue siendo memorable es la violencia erótica de muchas de sus imágenes. Así, en ''Mañana'', publicado en *Ultra* (Madrid, 27 de enero de 1921), el sol, con sus espuelas, desgarra los espejos, en ''Rusia'', las bayonetas, ''portan en la punta las mañanas''; y en ''Gesta maximalista'', el Ejército Rojo es presentado desfilando:

''… Fresca arboladura
de surtidores-bayonetas pasa
el candelabro de los mil y un falos.'' (Meneses, 1968, 60, 64, 67).

Quizá para Georgie (que había sido tan inocente de lo que ocurría en los prostíbulos de Palermo, hasta que su primo Alvaro Melián Lafinur le dio alguna información), la vida literaria en Madrid no se limitó a discutir poesía, manifiestos y poemas. Es bien sabido que una parte importante de la vida nocturna española se ha producido tradicionalmente en los prostíbulos, que han sido también punto de reunión social y hasta centro de conversaciones políticas.

Los Borges se instalaron en una casa de la calle Buines, no muy lejos del barrio de Palermo, y vivieron en ella durante dos años. Allí comenzó Georgie un hábito que mantendría durante tres décadas: caminar indefinidamente por las calles de Buenos Aires, cubriendo enormes distancias, solo o con amigos, meditando y quizás delineando en su mente algunos artículos o poemas y hablando de lo que se les ocurriera. Así *aprendió* Buenos Aires, o cuando menos *su* Buenos Aires; cubrió repetidamente, centímetro a centímetro, un territorio que sus escritos también cubrirían de cerca. La ciudad había existido antes de que Georgie la descubriera, pero muy pocos de sus escritores se habían molestado en reinventarla con tanta dedicación y éxito. A partir de 1921, Buenos Aires se convirtió en suya, tanto como Manhattan fuera de Walt Whitman.

Al recordar aquéllos días en su autobiografía, Borges atenúa sutilmente sus actividades literarias. Prefiere subrayar la primera impresión de la ciudad sobre su imaginación poética. Lo único que dice sobre su vida literaria es: ''… *Todavía soy conocido para los historiadores de la literatura como el padre del 'ultraísmo argentino'* ''. (Ibid. 225), pero omite explicar cómo obtuvo ese título. La verdad es que tan pronto como se instaló en Buenos Aires, se convirtió en líder de un grupo de jóvenes poetas (entre ellos su primo hermano Guillermo Juan Borges, Eduardo González Lanuza, Norah Lange, Francisco Piñero) que también se interesaban por la literatura de vanguardia y con quiénes publicó una revista llamada *Prisma*. Sólo aparecieron dos números, en diciembre de 1921 y marzo de 1922. Borges recuerda los aspectos más pintorescos de su empresa: ''*Nuestro pequeño grupo ultraísta estaba ansioso por poseer una revista propia, pero una verdadera revista era algo que estaba más allá de nuestros medios. Noté cómo se colocaban anuncios en las paredes de las calles, y se me ocurrió la idea de que podríamos imprimir también una 'revista mural', que nosotros mismos pegaríamos sobre las paredes de los edificios, en diferentes partes de la ciudad*''. (Ibíd. 234). La idea de esa revista mural estaba muy acorde con lo practicado por la vanguardia europea, desde que los pintores cubistas comenzaron a pegar fragmentos impresos en sus cuadros, desde que Apollinaire comenzara a dibujar sus *calligrammes* y desde que Marinetti utilizara carteles para hacer avanzar tipográficamente la causa del futurismo.

En esos mismos recuerdos, Borges admite prontamente: ''*Yo habría preferido estar en el grupo Boedo, ya que estaba escribiendo sobre la vieja zona norte y sobre arrabales, tristeza y atardeceres. Pero fui informado por uno de los dos conspiradores –Ernesto Palacios, de Florida, y Roberto Mariani, de Boedo– que yo era ya uno de los guerreros de Florida y que era demasiado tarde para cambiar. Todo el asunto fue un invento. Algunos escritores pertenecían a ambos grupos, como Roberto Arlt y Nicolás Olivari, por ejemplo, ese episodio apócrifo recibe ahora la seria consideración de 'crédulas universidades'. Pero en parte era publicidad, y en parte era broma juvenil*''. (Ibíd. 236)

Hubo algo más que una broma juvenil en esa división artificial de los jóvenes escritores argentinos en dos grupos rivales. El invento publicitario fue parte del deliberado esfuerzo de algunos escritores –más o menos vinculados con el Partido Comunista Argentino– por controlar o destruir el movimiento de vanguardia. Al dividir a la nueva literatura según líneas partidistas, Roberto Mariani –que era novelista y cuentista– procuraba atraer la atención sobre su propio tipo de realismo proletario. En cartas abiertas enviadas a *Martín Fierro* y en su promoción de la falsa rivalidad, Mariani sus amigos buscaban una confrontación.

Borges, por preferir una visión simple y elemental de la realidad argentina, se sentía más cerca de los así llamados escritores proletariados de Boedo. Pero estos le rechazaban sus orígenes patricios, por su refinamiento europeo, por su concepto no-político de la literatura. Por otro lado, el grupo Boedo intentaba convocar a sus filas al novelista y dramaturgo Roberto Arlt, dado sus orígenes proletarios y a pesar de que hubiera sido secretario de Güiraldes y de que colaborara regularmente con las páginas literarias más cercanas al mundo oficial. Así las líneas eran trazadas por Mariani y por el grupo Boedo, no por una filiación literaria sino por una evaluación puramente política de los orígenes clasistas de un escritor.

BORGES ROJO

Entre los textos que Borges nunca quiso reeditar están sus poemas de juventud a la gloria del Ejército Rojo y de cierta idea del anarquismo. *Rusia* es uno de ellos, y formaba parte de un libro inédito, *Los salmos rojos* o *Los ritmos rojos*, terminado a principios de los años veinte. *Rusia* es uno de los pocos poemas de esta época que ha sobrevivido a la férrea censura borgiana.

La trinchera avanzada
es en la estepa
un barco al abordaje
Con gallardetes de hurras
Melodías estallan en los ojos.

Bajo banderas de silencio
pasa la muchedumbre
Y el sol crucificado en el poniente
Se pluraliza en la vocinglería
De las torres del Kremlin.

El mar vendrá nadando
a esos ejércitos
Que envolverán sus torsos
En todas las praderas del naciente
En el cuerno salvaje de un arcoiris
Clamaremos su gesta.
Bayonetas
Que llevan en la punta las mañanas.

JORGE LUIS BORGES

BORGES ULTIMO

Tras *Los conjurados*, Borges ya no publicó más libros. Sin embargo, quedan otros poemas últimos. Cinco de ellos fueron editados recientemente en Mendoza, en un volumen de Ediciones Anónimas, en un tiraje muy reducido. De allí, este soneto final

Aquí. Hoy.

Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán y que es ahora
todos los hombres y que no veremos.
Ya somos en la tumba las dos fechas
del principio y del término, la caja,
la obscena corrupción y la mortaja,
los ritos de la muerte y las endechas.
No soy el insensato que se aferra
al mágico sonido de su nombre;
pienso con esperanza en aquel hombre
que no sabrá qué fui sobre la tierra.
Bajo el indiferente azul del cielo,
esta meditación es un consuelo.

BORGERIAS

El hombre olvida que es un muerto que conversa con muertos.

●

La realidad y mi recuerdo personal de la realidad son lo mismo.

●

La muerte de Gardel me conmovió mucho menos que la de Almotásim El Magrebí, poeta apócrifo del siglo XII, inventado por mí, que se negaba a morir aunque lo mismo hubieran hecho Aristóteles y las rosas.

●

Es supersticiosa y vana la costumbre de buscar sentido en los libros, equiparable a la de buscarlo en los sueños o en las líneas caóticas de la mano.

●

Repudio todo pensamiento sistemático porque todo sistema conduce necesariamente a la trampa.

●

Creo que sólo hay buena o mala literatura. Eso de literatura comprometida me suena a equitación protestante.

●

No hay literatura española fuera de Cervantes y Quevedo. La lengua es demasiado pobre. Sólo tiene una palabra para decir *sommeil* y *rêve: sueño* que es fea. *Pesadilla*, ¿qué sugiere? pesillo, peso liviano. Neruda me dijo un día: "No creo que se pueda escribir en castellano". Le contesté: "Por eso no hemos escrito nunca nada".

●

No hay en la Tierra una sola página, una sola palabra que sea sencilla, ya que todas postulan el universo, cuyo más notorio atributo es la complejidad.

●

Para un escritor, el oficio más peligroso es el periodismo, porque se parece bastante a la literatura como para contaminarlo. Para una persona que escribe en el dialecto de los periodistas parece muy difícil que pueda después escribir en el otro dialecto, un poco más digno, de la literatura.

●

La imprenta ha sido uno de los peores males del hombre, ya que tendió a multiplicar hasta el vértigo textos innecesarios.

●

En mi juventud nos reuníamos a conversar sobre si el hombre es mortal o no, sobre qué es el tiempo, qué la poesía y la metáfora, el verso libre, la rima. Hablábamos de temas no efímeros, que trascendían el momento. Ahora, al cuarto de hora de haber ocurrido un hecho, debe ser reemplazado por otro. Se adquieren noticias no para la memoria sino para el olvido.

●

Hay dos clases de mentiras: el sicoanálisis y la estadística. El sicoanálisis, como la astronomía y la sociología, es una ciencia hipotética, aparte de una mera jerga.

●

Desearía un Estado como Suiza, donde no se sabe cómo se llama el presidente. Propondría que los políticos fueran personajes secretos. Este Estado que no se nota es posible. Sólo es cuestión de esperar doscientos o trescientos años. Y, mientras tanto, jodernos.

●

Me parece raro que se permita a todo el mundo opinar sobre política. Se supone que cualquier changador de la esquina o cualquier analfabeto puede discurrir sobre política. Sin embargo, no se supone que tenga opiniones muy inteligentes sobre la teoría de los conjuntos o el cálculo infinitesimal.

●

La democracia es una superstición basada en la estadística.

●

Debemos hacer todo lo posible por defender a este gobierno. Los militares son caballeros y decentes. No han llenado la ciudad de retratos, no hacen propaganda. Eso sí, son débiles, pues no han respondido a los crímenes con fusilamientos. Pero nos han salvado del caos, de la ignominia, de la infamia y del comunismo (1976).

●

No podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos, porque o ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara.

●

Buenos Aires es horrible de fea. Con el Obelisco y las macetas de la calle Florida han terminado de afearla. Pero es preferible soportar su fealdad de cerca que sufrir su nostalgia en el extranjero.

●

Con cierta tristeza descubro que toda la vida me la pasé pensando en una u otra mujer. Creí ver países, ciudades, pero siempre hubo una mujer para hacer de pantalla entre los objetos y yo.

●

Parménides, Platón, Juan Escoto Erígena, Alberto Magno, Spinoza, Leibniz, Kant y Francis Bradley son los insospechados y mayores maestros de la literatura fantástica. En efecto, ¿qué son los prodigios de Wells o de Edgar Allan Poe –una flor que nos llega del porvenir, un muerto sometido a hipnosis– confrontados con la invención de Dios?

●

El suicidio no me parece mal. Al contrario, convendría que se suicidase más gente. Hay exceso de población en el mundo.

●

El propósito de abolir el pasado ya ocurrió en el pasado y –paradójicamente– es una de las pruebas de que el pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible. Tarde o temprano vuelven todas las cosas y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado.

●

Los imitadores son siempre superiores a los maestros. Lo hacen mejor, de un modo más inteligente, con más tranquilidad. Tanto que yo, ahora, cuando escribo, trato de no parecerme a Borges, porque ya hay mucha gente que lo hace mejor que yo.

●

De mi vasta obra se encargarán el polvo y el olvido. Lo que yo he escrito no vale nada y si algún cuento es bueno es porque recoge el eco de Kipling. Uno no puede tomar la decisión de ser Shakespeare. Uno escribe lo que puede y no lo que quiere. Que me admiren muchos miles de personas es un hecho meramente estadístico, no un criterio.

●

Ante cualquier desgracia pienso que aún me queda por vivir una experiencia completamente nueva: la muerte. Algo que –al menos, en mi caso– aún no sobrevino. Se abre una vida nueva. O no hay nada, lo cual también es nuevo.

●

La música, los estados de felicidad, la mitología, las caras trabajadas por el tiempo, ciertos crepúsculos y ciertos lugares quieren decirnos algo o algo dijeron, que no hubiéramos debido perder, o están por decir algo; esta inminencia de una revelación que no se produce es, quizá, el hecho estético.

La mayoría de estas frases provienen de la recopilación de Blas Matamoro, en Diccionario privado de Jorge Luis Borges, Altalena, Madrid, 1979.

...JUVENILES, LA FALTA DE CONSEJOS



Entre los textos que Borges nunca quiso reeditar están sus poemas de juventud a la gloria del Ejército Rojo y de cierta idea del anarquismo. *Rusia* es uno de ellos, y formaba parte de un libro inédito, *Los salmos rojos* o *Los ritmos rojos*, terminado a principios de los años veinte. *Rusia* es uno de los pocos poemas de esta época que ha sobrevivido a la férrea censura borgiana.

La trinchera avanzada
es en la estepa
un barco al abordaje
Con gallardetes de hurras
Melodías estallan en los ojos.

Bajo banderas de silencio
pasa la muchedumbre
Y el sol crucificado en el poniente
Se pluraliza en la vocinglería
De las torres del Kremlin.

El mar vendrá nadando
a esos ejércitos
Que envolverán sus torsos
En todas las praderas del naciente
En el cuerno salvaje de un arcoiris
Clamaremos su gesta.
Bayonetas
Que llevan en la punta las mañanas.

JORGE LUIS BORGES

BORGES ROJO

si se equivocaba sobre el significado correcto de la palabra, tenía razón en cambio sobre su significación simbólica. Para el mundo oficial argentino de la época, lo que Padre y Georgie querían ser suponía exactamente eso: *ratés*, y no el éxito que el doctor Rodríguez Larreta representaba tan ostentosamente.

La decisión de enviar a Georgie a una escuela pública, pero semidisfrazado de alumno de Eton, prueba hasta dónde los Borges estaban distantes del mundo que los rodeaba. La extraña ropa de Georgie, su escasa vista, su tartamudez, debían convertirlo en blanco favorito de los camorristas. La idea de que en una escuela pública inglesa habría recibido probablemente un tratamiento más brutal no pudo haber sido de mucho consuelo. Otra mención sobre su época escolar aparece en sus conversaciones con Richard Burgin; ante una pregunta sobre sus peleas infantiles, Borges contesta: ''*Bien, mi vista era mala; era muy débil y yo quedaba generalmente derrotado. Pero había que hacerlo. Porque existía un código y, de hecho, cuando yo era niño, existía hasta un código para los duelos. Pero creo que el duelo es una costumbre muy estúpida, ¿no?. Después de todo, es algo muy irrelevante. Si usted discute conmigo y yo discuto con usted, ¿qué tendrá que ver con ello nuestra habilidad con la espada o nuestra puntería? Nada... a menos que se sostenga la idea mística de que Dios habrá de castigar al mal. No creo que nadie tenga una idea así, ¿no? Bien, supongamos que volvemos a más... porque, no sé el motivo, pero me parece que yo estuviera divagando.*'' (Burgin, 1969, 29).

Lo llamativo de este testimonio sobre sus días escolares es el tono emocional en la voz de Borges. Es posible advertir hasta en la transcripción escrita la repugnancia que tal ''código de honor'' le provoca todavía. La violencia y el terror de aquellas tempranas peleas no llegaron a borrarse.

En esto hay una ironía. El mismo Georgie, que sufrió la humillación de ser considerado como chivo emisario, se convertiría (mucho después, y como escritor) en un partidario del valor físico, de la antigua habilidad con las armas de fuego o el cuchillo y de la mitología de la violencia. El conflicto entre sus antepasados militares y su vocación literaria, entre la espada y la biblioteca, adopta aquí una forma más escuálida. No sorprende que Borges llame a sus condiscípulos ''camorristas aficionados'', pero el código de honor tan profundamente acendrado en los Borges obligó a Georgie a superar su repugnancia y a enfrentar a esos camorristas, participando en peleas que sabía que no podría ganar.

Quizá Borges tiene razón al descartar así su obra inicial, pero muestra demasiado placer en hablar de la destrucción de ambos manuscritos. Lo que recuerda sobre el libro de ensayos no parece muy promisorio: ''*(el libro) Había sido titulado, ahora me pregunto por qué, 'Los naipes del Tahúr'. Eran ensayos literarios y políticos (yo era todavía un anarquista, un librepensador, y estaba a favor del pacifismo), escrito bajo la influencia de Pío Baroja. Su meta fue ser amargos e implacables, pero de hecho, eran bastante moderados. Llegué a utilizar palabras tales como 'tontos', 'meretrices', 'mentirosos'.*'' (Ibíd. 223)

El artículo sobre Baroja, Azorín y el sacerdote jesuita, en *La Feuille*, puede ser visto, probablemente, como el ejemplo de la clase de ensayos que Georgie había incluido en aquel primer libro. Puede haber incluido también otros artículos sobre los prostíbulos españoles, sobre la poesía ultraísta, sobre el expresionismo alemán. El segundo libro es más fácil de imaginar. De acuerdo con Borges, ''*fue titulado 'Los salmos Rojos' o 'Los ritmos Rojos'. Era una colección de poemas –alrededor de veinte– en verso libre, como elogio a la revolución rusa, a la hermandad del hombre, al pacifismo*''. (Ibíd. 223). Cita después tres de sus títulos: ''Epica bolchevique'', ''Trincheras'' y ''Rusia'' (Ibíd. 223).

Los poemas que han perdurado en revistas, o en investigaciones eruditas sobre la época, no parecen memorables. Son interesantes por lo que revelan del aprendisaje de Georgie. Estaba obsedido por una guerra a la que conocía sólo a la distancia (''Trincheras'') y por una revolución socialista que, durante un período, llenó a la juventud de Europa con la esperanza de una justicia social y política (''Epica bolchevique'', ''Rusia''). Pero en la mayor parte de sus poemas se preocupaba principalmente de expresar su visión de la realidad mediante raras metáforas y llamativas comparaciones. Había aprendido su poesía en Whitman y en los expresionistas alemanes; prefería el verso libre y los poemas de largas líneas a los que llamaba salmos (siguiendo el ejemplo de Cansinos). Lo que aún hoy sigue siendo memorable es la violencia erótica de muchas de sus imágenes. Así, en ''Mañana'', publicado en *Ultra* (Madrid, 27 de enero de 1921), el sol, con sus espuelas, desgarra los espejos, en ''Rusia'', las bayonetas, ''portan en la punta las mañanas''; y en ''Gesta maximalista'', el Ejército Rojo es presentado desfilando:

''... Fresca arboladura
de surtidores-bayonetas pasa
el candelabro de los mil y un falos.'' (Meneses, 1968, 60, 64, 67).

Quizá para Georgie (que había sido tan inocente de lo que ocurría en los prostíbulos de Palermo, hasta que su primo Alvaro Melián Lafinur le dio alguna información), la vida literaria en Madrid no se limitó a discutir poesía, manifiestos y poemas. Es bien sabido que una parte importante de la vida nocturna española se ha producido tradicionalmente en los prostíbulos, que han sido también punto de reunión social y hasta centro de conversaciones políticas.

Los Borges se instalaron en una casa de la calle Bulnes, no muy lejos del barrio de Palermo, y vivieron en ella durante dos años. Allí comenzó Georgie un hábito que mantendría durante tres décadas: caminar indefinidamente por las calles de Buenos Aires, cubriendo enormes distancias, solo o con amigos, meditando y quizás delineando en su mente algunos artículos o poemas y hablando de lo que se les ocurriera. Así *aprendió* Buenos Aires, o cuando menos *su* Buenos Aires; cubrió repetidamente, centímetro a centímetro, un territorio que sus escritos también cubrirían de cerca. La ciudad había existido antes de que Georgie la descubriera, pero muy pocos de sus escritores se habían molestado en reinventarla con tanta dedicación y éxito. A partir de 1921, Buenos Aires se convirtió en suya, tanto como Manhattan fuera de Walt Whitman.

Al recordar aquéllos días en su autobiografía, Borges atenúa sutilmente sus actividades literarias. Prefiere subrayar la primera impresión de la ciudad sobre su imaginación poética. Lo único que dice sobre su vida literaria es: ''*... Todavía soy conocido para los historiadores de la literatura como el padre del 'ultraísmo argentino'* ''. (Ibíd. 225), pero omite explicar cómo obtuvo ese título. La verdad es que tan pronto como se instaló en Buenos Aires, se convirtió en líder de un grupo de jóvenes poetas (entre ellos su primo hermano Guillermo Juan Borges, Eduardo González Lanuza, Norah Lange, Francisco Piñero) que también se interesaban por la literatura de vanguardia y con quiénes publicó una revista llamada *Prisma*. Sólo aparecieron dos números, en diciembre de 1921 y marzo de 1922. Borges recuerda los aspectos más pintorescos de su empresa: ''*Nuestro pequeño grupo ultraísta estaba ansioso por poseer una revista propia, pero una verdadera revista era algo que estaba más allá de nuestros medios. Noté cómo se colocaban anuncios en las paredes de las calles, y se me ocurrió la idea de que podríamos imprimir también una 'revista mural', que nosotros mismos pegaríamos sobre las paredes de los edificios, en diferentes partes de la ciudad*''. (Ibíd. 234). La idea de esa revista mural estaba muy acorde con lo practicado por la vanguardia europea, desde que los pintores cubistas comenzaron a pegar fragmentos impresos en sus cuadros, desde que Apollinaire comenzara a dibujar sus *calligrammes* y desde que Marinetti utilizara carteles para hacer avanzar tipográficamente la causa del futurismo.

En esos mismos recuerdos, Borges admite prontamente: ''*Yo habría preferido estar en el grupo Boedo, ya que estaba escribiendo sobre la vieja zona norte y sobre arrabales, tristeza y atardeceres. Pero fui informado por uno de los dos conspiradores –Ernesto Palacios, de Florida, y Roberto Mariani, de Boedo– que yo era ya uno de los guerreros de Florida y que era demasiado tarde para cambiar. Todo el asunto fue un invento. Algunos escritores pertenecían a ambos grupos, como Roberto Arlt y Nicolás Olivari, por ejemplo, ese episodio apócrifo recibe ahora la seria consideración de 'crédulas universidades'. Pero en parte era publicidad, y en parte era broma juvenil*''. (Ibíd. 236)

Hubo algo más que una broma juvenil en esa división artificial de los jóvenes escritores argentinos en dos grupos rivales. El invento publicitario fue parte del deliberado esfuerzo de algunos escritores –más o menos vinculados con el Partido Comunista Argentino– por controlar o destruir el movimiento de vanguardia. Al dividir a la nueva literatura según líneas partidistas, Roberto Mariani –que era novelista y cuentista– procuraba atraer la atención sobre su propio tipo de realismo proletario. En cartas abiertas enviadas a *Martín Fierro* y en su promoción de la falsa rivalidad, Mariani sus amigos buscaban una confrontación.

Borges, por preferir una visión simple y elemental de la realidad argentina, se sentía más cerca de los así llamados escritores proletariados de Boedo. Pero estos le rechazaban sus orígenes patricios, por su refinamiento europeo, por su concepto no-político de la literatura. Por otro lado, el grupo Boedo intentaba convocar a sus filas al novelista y dramaturgo Roberto Arlt, dado sus orígenes proletarios y a pesar de que hubiera sido secretario de Güiraldes y de que colaborara regularmente con las páginas literarias más cercanas al mundo oficial. Así las líneas eran trazadas por Mariani y por el grupo Boedo, no por una filiación literaria sino por una evaluación puramente política de los orígenes clasistas de un escritor.

EL SIMBOLO DE UN ENCONO PERMANENTE QUE LLEVA AL EXILIO Y AL DESPRECIO

Por Osvaldo Soriano

Cuando supo que iba a morir, hace un año, Borges debe haber sentido un irrefrenable deseo de reencontrar su lejanísima juventud en Ginebra. De un día para otro levantó su casa de la calle Maipú, en Buenos Aires, despidió a Fanny, la mucama que lo había cuidado durante treinta años y se casó con María Kodama, que era su asistente, su lazarillo, su amiga desde hacía más de una década. Como lo había hecho Julio Cortázar en Buenos Aires dos años antes, Borges fue a mirarse en el espejo que reflejaba los días más ingenuos y radiantes de su juventud. Cortázar, en cambio, necesitaba asomarse al sucio Riachuelo que Borges había mistificado en poemas y cuentos donde los imaginarios compadritos del arrabal asumían un destino de tragedia griega.

Curiosa simetría la de los dos más grandes escritores de este país: Cortázar, espantado por el peronismo y la mediocridad, decidió vivir en Europa desde la publicación de sus primeros libros, en 1951. Fue en París que asumió su condición de latinoamericano por encima de la mezquina fatalidad de ser argentino.

Borges, en cambio, no pudo vivir nunca en otra parte. Tal vez porque estaba ciego desde muy joven y se había inventado una Buenos Aires exaltante y épica que nunca existió. Un universo donde sublimaba las frustraciones y el honor perdido de una clase que había construido un país sin futuro, una factoría próspera y desalmada.

Borges se creía un europeo privilegiado por no haber nacido en Europa. Aprendió a leer en inglés y en francés, pero hizo más que nadie en este siglo para que el castellano pudiera expresar aquello que hasta entonces sólo se había dicho en latín, en griego, en el árabe de los conquistadores o en el atronador inglés de Shakespeare.

De *Las Mil y una Noches* y la *Divina Comedia* extrajo los avatares del alma que están por encima de las diferencias sociales y los enfrentamientos de clase. De Spinoza y Schopenhauer dedujo que la inmortalidad no estaba vinculada con los dioses y que el destino de los hombres sólo podía explicarse en la tragedia. De allí llegó al tango y a los poetas menores de Buenos Aires, los reinventó y les dio el aliento heroico de los fundadores que han cambiado la espada por el cuchillo, la estrategia por la intriga, el mar por el campo abierto y los amaneceres del suburbio. El Rey Lear es Azevedo Bandeira, degradado y oscuramente redimido en "El Muerto". Goethe está en el perplejo alemán de "Sur" que va a morir sin esperanza y sin temor en una pulpería de la pampa.

En cada uno de sus textos magistrales, con los que todos los buenos escritores de hoy tienen una deuda, un rencor, un irremediable parentesco bastardo, Borges plantea la cuestión esencial –dicotómica para él– de la deformación argentina: la civilización europea enfrentada a la barbarie americana. Como el escritor Sarmiento y el guerrero Roca, que fundaron la Argentina moderna y dependiente sobre el aniquilamiento de indios, gauchos y negros, Borges vio siempre en las masas mestizas y analfabetas una expresión de salvajismo y bajeza. Pertenecía a una cultura que estaba convencida de que Europa era la dueña del conocimiento y de la razón. Con las ideas de Francia, las naves de Inglaterra y las armas de Alemania se llevó adelante el genocidio "civilizador", la pacificación de estas tierras irredentas. De aquí, de los criollos, sólo podía emanar un discurso salvaje, retrógrado, sin sustento filosófico, enigmático frente a la consagrada palabra de Rousseau y Montesquieu.

Borges es el atónito liberal del siglo XIX que se propone poetizar antes que comprender. La ciencia no está entre sus herramientas: ni Hegel, ni Marx, ni Freud, ni Einstein son dignos de ser leídos con el mismo fervor que Virgilio, Plinio, Dante, Cervantes, Schiller o Carlyle. El único mundo posible para Borges era el de la literatura bendecida por cien años de supervivencia. De modo que se dedicó a recrearla, a reescribir enigmas y epopeyas, fantasías y evangelios que iban a contracorriente de las escuelas y las grandes mutaciones de las ideas y las letras. Fue un renovador del estilo, el más colosal que haya dado la lengua española, y esa forma, fluida y asombrosa, remitía a las incógnitas y los asombros de las primeras civilizaciones. Unió, desde su biblioteca incomparable, las culturas que parecían muertas con los estallidos de Melville, Joyce y Faulkner. Su genio consistió en transcribir a una lengua nueva los asombros y los sobresaltos de los papiros y los manuscritos fundacionales. No amaba la música ni el ajedrez, no lo apasionaban las mujeres, ni los hombres, ni la justicia. El día que lo condecoró en Chile la dictadura de Pinochet, el escritor reclamó para estas tierras feroces "doscientos años de dictadura" como medio de curar sus males. Más tarde, cuando Alfonsín derrotó al peronismo, es decir a la barbarie americana, escribió un poema de regocijo y esperanza.

En esos días, Julio Cortázar había retornado a Buenos Aires para verse a sí mismo entre las ruinas que dejaba la dictadura. Iba a morir muy pronto y volvía a reconocer el suelo de su infancia, los zaguanes de sus cuentos y las arboledas de las calles por donde había paseado sus primeros amores. El gobierno lo ignoró (su modelo de intelectual es Ernesto Sabato) y Borges se molestó porque creía que el único contemporáneo al que admiraba no había querido saludarlo.

En verdad, Cortázar –tímido y huidizo– no se atrevió a molestarlo y temía que las diferencias políticas, ahondadas por la distancia, fueran insalvables. El le debía tanto a Borges como cualquiera de los contemporáneos, o más aún, porque el autor de "El Aleph" le había publicado el primer cuento en la revista *Sur*.

Muchas veces, en París, al evocar a Borges, cuando aparecía uno de sus libros o alguna declaración de apoyo a la dictadura, Cortázar sostenía que había que juzgar al escritor genial por un lado, al hombre insensato por otro. Había que disociarlos para comprenderlos, ir contra todas las reglas de razonamiento para crear otra que permitiera amarlo y sentirlo como propio a pesar de él mismo.

Porque ese creador de sofismas, que pensaba como el último de los antiguos, ha dejado la escritura más moderna y perfecta que se conoce en castellano. La que ha sido más imitada y la que ha dejado más víctimas, porque hoy nadie puede escribir, sin caer en el ridículo, "una vehemencia de sol último lo define"; o rematar un cuento con algo que se parezca a "Suárez, casi con desdén, hace fuego", o "En esa magia estaba cuando lo borró la descarga" o "El sueño de uno es parte de la memoria de todos", o "No tenía destino sobre la tierra y había matado a un hombre".

Esta contundencia viene de las lecturas de Sarmiento, pero no tiene continuadores porque la Argentina que ellos imaginaron se fue enfermando a medida que crecía, como los huesos sin calcio. El sueño del conocimiento se convirtió en la pesadilla de la falsificación y varias generaciones de intelectuales escamotearon la realidad o se quedaron prisioneros de ella. La literatura de Borges es la última elegía liberal, el canto del cisne de una inteligencia restallante pero ajena. No por nada los jóvenes de las últimas generaciones quisieran haber escrito *El juguete rabioso* o *Los siete locos*, de Roberto Arlt, aunque admiren la simétrica perfección de "Funes, el memorioso" y "Las ruinas circulares".

Es que la perfección está tan alejada de lo argentino como el futuro o el pensamiento de los gatos. Borges no es grandilocuente, los argentinos sí. Arlt lo era, también Sarmiento y Cortázar, que se interna, como Borges, en lo fantástico. Pero Cortázar suena a amigo, a compañero y Borges a maestro, a sabio cínico.

Así como Cortázar había asumido su destino latinoamericano pero no podía separarse de París, Borges vivía en Buenos Aires porque creía que así estaba más cerca de Europa. Antes de morir, los dos fueron a cumplir con el juego de los espejos y las nostalgias: uno en los corralones de Barracas y el empedrado de San Telmo; otro en los parques nevados de Ginebra donde había escrito en latín sus primeros versos y en inglés su primer manual de mitología griega.

Borges pidió ser sepultado en Ginebra, como antes Cortázar había preferido que lo enterraran en París.

Fue, quizás, un postrero gesto de desdén para la tierra donde imaginó indómitos compadritos que descubrían la clave del universo, gauchos que temían el castigo de la eternidad, califas que leían el destino en la cara de una moneda china, bibliotecas circulares que descifraban el secreto de la creación.

Pocos son los hombres que han hecho algo por este país, y han podido o querido descansar en él. Mariano Moreno, el revolucionario, murió en alta mar; San Martín, el libertador, en Francia; Rosas, el dictador, en Inglaterra; Sarmiento, el hacedor, en Paraguay; Alberdi, el de las *Bases*, en París; Gardel, que inventó la voz, en Colombia; el *Che* de la utopía, en la selva de Bolivia.

Es como si el país y su gente no fueran una misma cosa, sino un permanente encono que empuja a la separación, al exilio o al desprecio.

